

brote el milagro que urde la frente pensadora,
cante el exaltamiento del dios siempre ignorado.
La tierra es el reposo del hombre. El agua, el viaje;
y en sus eternas olas recógese el anhelo
de estar en el paisaje
de una montaña alegre bajo el azul del cielo.

Colón es el demiurgo del bien omnipotente,
Colón es el *fiat lux* de la mitad del mundo:
en su actitud, la nada desvela un continente
como al conjuro extraño de un dios meditando...

Sale de la Edad Media,
descifra el pavoroso sistema del océano,
dilata los espacios recónditos y asedia,
entre la noche, el alma voluble del arcano;
y ante el ofuscamiento mental de las edades,
forzando el estrechismo de las generaciones,
descubre nuevas tierras, nuevas humanidades,
nuevas constelaciones...!

Manuel Segura

Costa Rica, octubre, 1921.

Cartas de Juan Silvestre

a Jacques Tournebroche ⁽¹⁾

Por CARMEN LIRA

Caballero a quien estimo:

ESTA mañana estuvo a visitarme ese pobre muchacho que cree ser un poeta, y cuando lo tuve ante mí con su aire de afectado descuido, sus palabras de un romanticismo barroco y sus lamentaciones contra este ambiente ramplón y aceitoso, se sacudió en mi memoria vuestro recuerdo, señor Tournebroche: me pareció escucharos describiendo el abandonado parque del señor de Astarac,—aquel en el cual os complacéis en «El Figón de la reina Patoja»,—el parque poblado de estatuas de mármol, mutiladas, y llegabais a este pasaje: «Un joven fauno, cuya cabeza yacía en tierra, trataba aún de llevar la flauta a la boca».

Pero la voz del joven versificador espantó vuestra imagen. Una vez más proclamaba en mi presencia, el ser incomprendido, y una vez más apostrofó el ambiente y mis ojos, sin premeditarlo, buscaron entre mis papeles unas meditaciones de Xenius, porque en alguna parte de ellas está escrito que, «a espejo del rey Sol se diga: El ambiente soy yo».

Mi descontento visitante sacó de su bolsillo un cuaderno, y comenzó a leerme su poema anunciado meses ha, laborioso trabajo de muchos días y muchas noches.

Y conforme leía, se iba apoderando de mí una visión: el cuarto se poblaba de añosos árboles; era una avenida sombría, cubierto el suelo de hierba, bajo el arco formado por los follajes entrelazados, una hilera de pedestales ruinosos, revestidos de musgo y líquenes que sostenían sendos faunos de mármol, decapitados eso sí, con su flauta cada uno, que aun trataba de llevar a la boca. Las cabezas asomaban entre la hojarasca que cubría al suelo, pero estas cabezas tenían facciones que me recordaban las de personas conocidas: allí estaba la de aquel músico em-

peñado en su ópera fabricada ya de trozos prestados, ya de pasajes vulgares, y que aun no ha logrado interesar a nadie; otra, la de más allá, una con la nariz metida entre el humus, con los ojos entrecerrados, como en actitud de espiritual acecho, es la de cierto filósofo de teorías enmarañadas las cuales se convierten en cuanto uno trata de meterlas entre el cerebro, en humo que da vertiginosas vueltas; hay una de boca apretada y ojos elevados en un gesto orgulloso: es tan parecida a la del pintor,—mi compañero de mesa en la pensión en que habitaba yo antes—quien no consigue llevar a sus lienzos las bellezas que lo rodean. Y allí... allí estaba también la cabeza del muchacho que me leía su poema, con un rictus de rebelión.

Ante esta última me quedé sumido en dolorosas reflexiones: sí, el muchacho sabía de los pasos de la poesía a través de todas las épocas; conocía a cada poeta; sabía todas las reglas de la métrica; metió su nariz en todos los moldes; os habla de exámetros, heptámetros, alejandrinos, hemistiquios, dáciles y esporídeos; ha tenido agarrones por el verso libre... Mas ¡ay! cuando se llega el momento de escandir sus propios versos, más le valiera ser dependiente en una tienda y medir cintas, encajes y tules.

También andaban entre la maleza

unas cabezas que me hicieron pensar en dos hermanas que aún viven en una retirada soledad cerca de la montaña: la una—cuando las conocí, y de esto hace ya muchos años—tenía sus hermosos cabellos color de madera de cedro, su piel en flor y hoyuelos en las mejillas; la otra, pálida, graciosa e inquieta como un potro de sangre. Y ambas con el corazón dispuesto en forma de nido en espera de los amores. Yo vi posado en sus pupilas—puntos misteriosos en el centro del iris color de agua tranquila—el deseo de amar cual un pájaro prisionero en el travesaño de una jaula, y mi espíritu creía oír las cantar en la clave en que cantan los jilgueros en los bosques cuando cae la tarde. Hoy son viejas, más viejas que yo que doblé los cincuenta. Y llegaron a la vejez con su corazón inútilmente cóncavo y mullido... ¡Cuán a su gusto habría anidado allí el Amor! El pájaro de las ternuras preso en sus miradas debe haber muerto de tristeza. ¿En qué harán pensar ahora sus ojos? Quizá en margaritas mustias. ¡Pobre amor el de estas doncellas, que jamás supo a lo que sabía el desplegar sus alas bajo el azul de los cielos, ni cantar en la primavera su deseo y su alegría sobre una rama florecida!

Y yo sonreí con una lágrima temblándome en las pestañas, al reconocer los rasgos juveniles de mis amigas viejas, en las testas de dos de mis descabezadas estatuas.

Mi visión se transformaba en pesadilla. Yo contemplaba los faunos levantar la flauta hacia el vacío, agitar los dedos y danzar al son de un silencio que martirizaba mis oídos.

¡En todos un anhelo: la flauta. Mas en el sitio en que deberían estar los



FABRICANTES - IMPORTADORES

COMERCIO NACIONAL

Nuestro café procede de las más afamadas fincas de la meseta central y tostamos solamente las MEJORES CLASES.

(1) En la traducción: Jacobo Dale-vuelta, personaje de Anatole France en «Las opiniones de Jerónimo Coignard» y en «El Figón de la reina Patoja».